

El dirigente del PDS italiano Donato Di Santo auguró que los jueces de "manos limpias" lleguen rápidamente y hasta el final

"No existe más el sistema de corrupción que frenó la entrada de la izquierda en el gobierno"

Italia se encuentra en la víspera de la segunda vuelta de unas elecciones municipales que cambiarán sin duda definitivamente el mapa político de la península. Tras casi cincuenta años de predominio absoluto de la Democracia Cristiana y de gobiernos de ésta con sus aliados socialistas, socialdemócratas, republicanos y liberales, y bajo el efecto de la hecatombe provocada por la comprobación de niveles de corrupción que implicaron a los vértices de todos esos partidos, y de los cada vez más

comprometidos indicios de complicidad del poder político con la mafia y sus más aberrantes delitos, otras fuerzas se abren paso. En tanto, los partidos que representaron el poder en los últimos decenios prácticamente son barridos de la escena. Donato Di Santo, dirigente del Partido Democrático de la Izquierda (PDS), continuador del viejo Partido Comunista, destacó en diálogo con LA REPUBLICA el papel de primer plano que en esta etapa le corresponde jugar a su sector político.

■ —¿Cómo interpreta el resultado de las últimas elecciones municipales en Italia?

—Estas elecciones representaron un gran éxito para la izquierda italiana. Un gran éxito de la capacidad y la voluntad de una izquierda que se propone ser punto de referencia para aquella parte del país que quiere un gobierno nuevo que termine con 50 años de predominio de la Democracia Cristiana. Un gran éxito que en realidad no sorprende a quien conoce el trabajo de nuestro partido, que es la fuerza más grande de la amplia izquierda italiana, en cuanto a buscar alianzas y contactos con otros sectores que quieren el cambio, porque el objetivo que tenemos es llegar al gobierno.

—¿El crecimiento de los neofascistas podría determinar la conformación de dos bloques radicalizados en el esquema político?

—Ese es precisamente uno de los grandes problemas del país en este momento. El estado al que las fuerzas dominantes han llevado a Italia es tan tremendo que, a nivel social y popular, el sentimiento de protesta y rechazo hacia los partidos se radicalizó. Entonces, si bien la izquierda se está canalizando en un sentido positivo, constructivo y democrático, en el otro polo, es decir en la derecha, hay un fenómeno muy peligroso porque en el norte de Italia se canaliza la desesperación a través de la Liga Lombarda, y en el sur en torno al partido fascista, el Movimiento Social Italiano (MSI).

Creo que sería una gran equivocación pensar que el 30% de la población de Nápoles o de Roma sea fascista y esos votos se van a ir replegando. Lo que hay en realidad es un porcentaje muy pequeño de fascistas o nostálgicos y un porcentaje muy grande de gente desesperada que quiere protestar, y que no encuentra en las otras fuerzas la posibilidad de encontrar un punto de referencia para expresar su protesta. Y este momento histórico tiene que hacernos reflexionar hacia el futuro, porque nunca es bueno gobernar al país con una polarización tan fuerte.

—El crecimiento de los votos fascistas se está dando en toda Europa. ¿Considera usted posible que próximamente pueda haber un gobierno de extrema derecha en alguna nación europea?

—Yo no quiero dar una impresión de fingido optimismo. Todos estamos preocupados. Pero también es cierto que esos votos de protesta que hoy se canalizan hacia la derecha se canalizaron en otra época hacia la izquierda. Por eso insisto en que no todo ese alto porcentaje de votantes es fascista. Son gente desesperada que expresa su rechazo a un sistema antidemocrático de 50 años que excluyó la posibilidad del cambio social,

aunque de todos modos la situación no deja de ser peligrosa.

—¿Es el mismo caso el de la Liga Lombarda que el del MSI? ¿El crecimiento de ambos grupos se da por el arrastre de votos de protesta?

—Mi opinión es que el origen del problema es bastante similar: la protesta y el rechazo por un sistema de corrupción. Pero el análisis tiene que ser distinto. La Liga Norte es un movimiento que seguramente se puede definir como de derecha, pero no como fascista. Decir que los votos de la Liga Norte son votos fascistas sería también como regalarle al fascismo una parte importante del electorado.

—Sin embargo, ¿no se avizora una alianza entre ambos movimientos para las elecciones políticas?

—Pienso que va a ser muy difícil, porque la Liga Norte tiene como objetivo la división del país, y el MSI demagógicamente habla de la madre patria y de la Italia unida. Es mucho más probable que después de estas elecciones municipales, nosotros, como Partido Democrático de la Izquierda, tengamos la responsabilidad de llevar lo más rápidamente a este país a las elecciones anticipadas y ser referencia para toda la sociedad democrática.

Esto puede pasar previamente por una fase constituyente. Puede ser que el próximo gobierno sea constituyente. O sea un gobierno en que confluyan todas las grandes fuerzas que estén representadas en él, y que tendrán que ponerse de acuerdo en cuanto a cómo reformar la Constitución para cambiar las reglas de juego, de modo de dejar atrás 50 años de historia e iniciar la II República Italiana.

—¿Qué niveles de acuerdo hay entre las fuerzas que componen el bloque mayoritario de la izquierda para la Italia que quieren forjar?

—Es que estas alianzas se han hecho realmente a nivel ciudadano. Entonces, la situación de Génova es muy diferente a la de Roma, y ésta es diferente a la de Palermo y a la de Venecia. Es decir que cada realidad tiene su propia especificidad. Por eso no es posible trastocar automáticamente la situación de una elección municipal al gobierno nacional, que va a ser mucho más compleja. Porque, además, si se da por un lado una simplificación de la situación política italiana con la conformación de dos grandes vertientes, cualquier polo progresista que se puede construir no puede prescindir de la fuerza del PDS.

No como fuerza hegemónica sino como elemento fundamental para poder agregar estas fuerzas. Nosotros, por esto, no podemos no ponernos el objetivo de una reconstrucción de un polo progresista que vaya más allá de la izquierda en un sentido estricto y que mire componentes demó-

cráticos progresistas de varias fuerzas.

—El derrumbe de la Democracia Cristiana, ¿significa el derrumbe de una clase política en general?

—Personalmente pienso que sí. Creo que después de esta elección ya es imposible que la Democracia Cristiana, encabezada por Giulio Andreotti, pueda tener otra oportunidad. Pienso que lo que queda de la Democracia Cristiana tendrá que reflexionar mucho sobre la colocación política que quieren darle al Partido Popular en enero. Y dentro de esta área la fuerza más democrática, y con un sentido de participación popular, seguramente tendrá que elegir entre quedarse en un bloque donde estará seguramente la Democracia Cristiana conservadora, y el bloque de progreso democrático. Esta falta de unidad política de los católicos hará que una parte de ellos se inserte definitivamente en una corriente de izquierda, y otra parte haga lo propio por ejemplo con la Liga Norte. Esto, si por un lado nos preocupa mucho, por otro lado tenemos que decir que es el efecto de una liberación.

—¿Cómo se puede abordar el "fenómeno Alessandra Mussolini"?

—Puede ser que ahora empiece a funcionar como un fenómeno dentro de la política. Pero hasta el momento más que nada ha sido algo folclórico y superficial, algo así como un punto de referencia simbólico. Pienso que si no hubiera sido ella, hubiera sido otro u otra. No es la persona, sino la situación social de Nápoles y el hecho de que ni el centro ni la Democracia Cristiana tuvieran la capacidad de proponerse como puntos de referencia para esa parte del electorado. Eso determinó la polarización que motivó el crecimiento de Mussolini.

—¿Cuál es la posición del PDS con respecto a la inmigración?

—Nosotros creemos que es un tema de enorme impacto social y cultural. Se trata entonces de enfrentarlo manteniendo muy firmes algunos valores fundamentales como la solidaridad y el antirracismo, pero comprendiendo al mismo tiempo que no solamente con la reafirmación de valores se puede convencer a grandes masas que, por varias razones, pueden ver al inmigrante como a un enemigo. La inmigración en Italia se da fundamentalmente desde el norte de África y ahora también desde Europa del este. Ya no es bastante con decir, como decimos, que Europa tiene que tener fronteras abiertas porque lo que puede pasar con olas enormes de inmigración va mucho más allá de esto. Nuestra posición es que Europa tiene que desarrollar mucho más que antes una política económica y de relaciones

internacionales para el desarrollo económico con los países desde donde llegan estos inmigrantes. Esa es la única manera de evitar que una gran inmigración levante una reacción social ante la cual puedan producirse enfrentamientos.

—¿Hasta dónde llegará la operación "manos limpias"?

—Esperemos que llegue rápidamente y hasta el final. Es lo mejor que le puede pasar al país. Porque si no llega hasta el final deja dudas para el futuro y una sombra en el pasado, y significaría en cierto modo respaldar el sistema de corrupción que obstaculizó una democratización real del país, o sea la posibilidad de que pudiera haber un gobierno de izquierda, representado antes por el Partido Comunista y ahora por el PDS. Ahora todo eso no existe más. Se cayó el famoso muro. Se cayó el bloque del Este y, con todo lo que pasó, segura-

mente la izquierda italiana seguirá más libre, aunque con más responsabilidades. Por eso, el hecho de que los jueces vayan

hasta el final es nuestra aspiración. Se trata de recomponer una identificación dentro de las instituciones del país.

Vísperas del segundo turno electoral, el 5 de diciembre

Los poscomunistas en el eje de la vida política italiana

■ Un amigo de años, el responsable para América Latina de la sección internacional del PDS italiano (Partido Democrático de la Izquierda, poscomunista), Donato Di Santo, puso a punto la situación política en su país en una estadía breve por Montevideo. Interesan sus opiniones, como conocedor avezado de ambos mundos.

1) En primer lugar, Di Santo confirma que el PDS emerge como fuerza central de la vida política italiana: para el segundo turno de las elecciones municipales, el próximo 5 de diciembre, y para las elecciones generales anticipadas a efectuarse entre marzo y mayo próximo.

El lector ya sabe que en las principales seis ciudades en que se votó las coaliciones de izquierda impulsadas por el PDS, en un cuadro muy flexible de alianzas, conquistaron las principales posiciones. E incluso en Palermo —territorio de la mafia siciliana— el ex alcalde Leoluca Orlando, que abandonó la DC, fue consagrado en el primer turno con 75% de los votos.

Estos hechos, unidos al hundimiento de la Democracia Cristiana, del PSI y de los demás partidos que integraron los gobiernos pentapartidos o tetrapartidos con base en la DC, profundizan y extienden los profundos cambios producidos en las elecciones de los pasados 6 y 20 de junio, que remodelaron profundamente al cuadro político peninsular.

2) El PDS es un partido "aggiornado". Su símbolo es un árbol frondoso con la hoz y el martillo del PCI en sus raíces. Reconoce en sus orígenes a Gramsci. Abandonó hace mucho la tesis de la dictadura del proletariado, y unió indisolublemente en su concepción al socialismo con la democracia, y a la democracia con el socialismo. Ya Togliatti había alertado lúcida y precozmente en su Memorial de Yalta sobre aspectos antidemocráticos del stalinismo. Como vocero del PDS, Di Santo estima que el ideal del socialismo sí tiene vigencia en el mundo de hoy; que ser de izquierda implica volver a las ideas fundacionales; y que no son éstas las que fracasaron, sino "setenta años de interpretación stalinista".

Agrega un elemento de gran interés (para su país y para el mundo católico): las recientes declaraciones del Papa, según las cuales el socialismo encierra semillas de verdad



frente al régimen del "capitalismo salvaje", destacando su preocupación por las necesidades elementales de la gente, por la seguridad social, etcétera.

3) Esto nos lleva de la mano al factor ético, de gravitación creciente en Italia como en las sociedades latinoamericanas. Es un elemento fundamental de definición política en el mundo contemporáneo. Di Santo explica que la coalición gubernista (los jirones de ella que quedan) posterga las elecciones generales a la espera de poder demostrar que también el PDS está envuelto en la "tangentópolis". Y ha fracasado. El partido ostenta su limpieza moral. "El objeto principal del sistema político (con centro en la DC) era excluirnos", dice Di Santo.

4) Ingresamos así a la esencia del tema. A lo largo de toda la posguerra, prácticamente durante medio siglo, todos los gobiernos italianos de la DC con diversas apoyaturas tenían por objetivo radiar a los comunistas. Gente sensata opinaba que la clásica inestabilidad política italiana terminaría el día en que los comunistas —con poderío reconocido, insertos en todos los poros de la sociedad— pasaran a integrar el gobierno. Aldo Moro fue secuestrado y asesinado porque era partidario de ese "compromiso histórico", y los jefes de la DC, como Andreotti, se negaron a hablar con las Brigadas Rojas. Hoy se sabe hasta qué punto los servicios norteamericanos estaban metidos en esta combinación, e incluso infiltrados hasta la médula en militares y en los aparatos de seguridad (operación Gladio).

Hoy, esa política y las fuerzas que la sostenían, se han derrumbado. La DC atraviesa una crisis de identidad. La ACLI, que es el sostén de todos los movimientos de masas —femeninos, juveniles, sindicales, etcétera— influidos por la DC, ha proclamado que votará a la izquierda. Esta tiene, como nunca, posibilidades de vencer, no sólo frente a la DC, sino a la ultraderecha que intenta levantar cabeza: en el norte con las Ligas, en el sur haciendo resurgir a las fuerzas fascistas del MSI, que desde antes detentaban un poder no despreciable en alianza con los monárquicos. En este sentido, las elecciones en Génova y Venecia, por una parte, en Nápoles por otra, y también drástica confrontación de Roma, interesan a Europa —convulsionada por el resurgimiento neonazi en varias regiones— y al mundo.